

**MI AMISTAD CON DON JUAN FRANCISCO**

**JULIO PORRES MARTÍN-CLETO**  
**Numerario. Director**

Illmos. Sres. Académicos;  
 Señoras y señores;

Cuando perdemos un amigo, se produce un vacío doloroso. Y si no es un amigo corriente, sino un gran amigo, un gran compañero en varias instituciones y un eminente maestro, el pesar es mucho mayor. Porque todo ésto, amigo, compañero y maestro, ha sido don Juan Francisco Rivera para mí y para muchos de los que aquí estamos hoy, en este homenaje a su memoria.

Conoci a don Juan Francisco de una forma un tanto casual. Habíamos asistido don Julio San Román, Presidente de la Diputación por entonces, don Luis Moreno Nieto y yo, que presidía la Comisión de Educación, a una asamblea en Zaragoza de Instituciones Culturales de las Diputaciones Provinciales. No tenía la Diputación de Toledo ningún centro de esta clase, aunque sí unos Servicios Culturales eficientes. Y visto el ejemplo que nos habían dado otras provincias, al regresar me dijo San Román: -¿Y si creamos uno en Toledo?

Me pareció una excelente idea y le dije que el problema podía ser la persona clave que lo organizara y encauzara sus actividades. Me contestó que ya tenía uno pensado -no me dijo quién- y que intentaría convencerle.

Pocos días después me comunicó muy contento que, en efecto, había aceptado ser Director Técnico del nuevo Instituto. Se trataba, como comprenderán ustedes, de don Juan Francisco Rivera: canónigo archivero de la Catedral, doctor en Teología y en Historia Eclesiástica, licenciado en Filosofía y Letras, doctor *honoris causa* por la Universidad de Bolonia. Gran medievalista (me decía: "yo, en el siglo XII, me muevo bien"), con gran prestigio en España y fuera de España. Como era capellán de la Maternidad Provincial y en cierto

modo funcionario de la Diputación, era más fácil que asumiera este cometido sin problemas administrativos. Si alguien era capaz de crear de la nada un Centro de esta clase, ese alguien era él.

Empezaron así nuestras relaciones de sincera amistad, cada día más cordial. Redactó los primeros estatutos; la Diputación dotó generosamente el Centro (300.000 ptas. de 1963); se eligieron los primeros Consejeros (Martín Aguado, Emilio García Rodríguez y Arturo Relanzón). Lo presidiría San Román, y yo, encargado por éste de la Comisión de Cultura, sería el vicepresidente.

Pasados uno o dos meses, don Juan Francisco entregó una obra suya sobre san Eugenio, y Martín Aguado otra sobre prehistoria toledana. A estas dos primeras ediciones han seguido ciento setenta más y casi nos sobran ya originales para enviar a la imprenta. Nuestro Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET), nombre que también creó don Juan Francisco, ha ganado ya prestigio gracias a la calidad de sus obras, calidad que él exigió siempre y seguimos exigiendo.

Pasaron algunos meses y me invitó a colaborar más directamente. Propuse entonces crear una revista periódica, que recogiera trabajos interesantes, pero de extensión insuficiente para formar un libro, revista que podría titularse *Anales Toledanos*. Se aceptó mi propuesta, pero siempre que yo aportara un artículo extenso para el primer número; tal artículo, que don Juan Francisco me hizo ampliar bastante más de su primera redacción, fue "Toledo y sus calles", primera aproximación a un tema que me ha llevado luego bastantes años y que a él le agradó, preguntándome cómo pensaba terminarlo. Le dije que con el trasvase de propiedades urbanas debido a la desamortización; su consejo fue que no lo hiciera, sino que dedicara a este asunto un libro independiente. Tras dos años de trabajo, le entregué el resultado de mis tareas, esperando saber su opinión. Todo lo que dijo es que no esperaba que lo hiciera tan pronto. Y lo envió a la imprenta. Lamento ahora que no se me ocurriera dedicárselo; se lo merecía con creces, pero... no caí en ello.

Y no acabó aquí la cosa, pues un día se me presentó en mi casa y me preguntó si me gustaría ser académico. Aquello me abrumó bastante, tanto por el honor que representaba como porque don Juan Francisco me creyera digno de él, pero... acepté. Había sido baja en la Academia, por traslado, en abril de 1963, el Numerario don José Relanzón, y yo ocuparía el puesto vacante. Hablé de la desamortización, entonces aún en la imprenta, y don Juan Francisco se

encargó del discurso de recepción, siendo Director entonces aquél gran artista que fue don Julio Pascual, "el último rejero toledano". Don Francisco era el Censor, director por tanto del boletín de la Academia que también él bautizó con un nuevo nombre: *Toletum*, breve y eufónico, que sigue llevando, en los 25 números siguientes a este bautizo.

Nuestra amistad fue creciendo y haciéndose extensiva a nuestras respectivas familias. Durante más de un año, dedicamos los domingos y fiestas de guardar a recorrer la provincia, en busca de la iglesia casi ignorada, del castillo más o menos ruinoso o del paisaje que alguien nos hubiera elogiado. Desde el manchego Miguel Esteban al serrano Piedraescrita, desde Malamedona a Maqueda o Almorox, no hubo días disponibles para ver todo lo que de valioso tienen nuestras tierras, pero al menos nos dimos un "baño de provincia" que nos fue muy útil para editar libros sobre nuestros pueblos y para consolidar nuestra amistad, cada día más entrañable. Creo que fue por entonces cuando empecé a llamarle "don Paco", apelativo cariñoso que pocos hemos usado con él y que a él, pese a su apariencia a veces severa y distanciadora, le gustaba si procedía de personas de su confianza. Porque esa severidad suya escondía en realidad un corazón sensible; pude comprobarlo cuando, en un viaje que hicimos los dos a Arenas de San Pedro, donde veraneaba mi familia, le recibieron abrazándole mis dos gemelos, a los que él había bautizado. Aquel gesto infantil hizo que se le saltaran las lágrimas.

Me contó entonces las curiosas vicisitudes de su libro demostrando que san Eugenio I, patrón de la diócesis, no había existido; obra comprometida para quien, como él, era un canónigo prestigioso y un historiador afamado, que desde la misma Toledo probaba que era un mito, nacido de un error, lo que todos creían real; sus intentos para estudiar a fondo la Escuela de Traductores, a cuya historia hizo aportaciones importantes pero que no pudo terminar ante la masa ingente que sobre el tema encontró en el Archivo Vaticano; sus estudios sobre Elipando, agotando todas las fuentes disponibles y sacándolas el máximo partido; su Premio March a la investigación, por su *Iglesia de Toledo en el siglo XII*, con cuyo importe, no sólo pagó la edición del primer tomo de su trabajo, sino que costeó la instalación decorosa del archivo catedralicio que, como muchos archivos, había recibido siempre una atención muy escasa y que él suplió de su bolsillo. Por insistencia mía, editamos el segundo tomo en el IPIET, dando así a conocer una obra tan

importante y que se sigue citando por todos los medievalistas.

Una característica de don Juan Francisco era la plena compenetración entre su condición sacerdotal, pues fue un gran sacerdote, y su condición de historiador. No admitía (a lo sumo, hacia caso omiso de ella) ninguna leyenda piadosa si no era cierta; y a la vez, sentía un profundo amor por nuestra catedral de Toledo, como *dives toletana* de la que se sentía orgulloso. Recuerdo cuando se anunció la primera emisión trasatlántica por satélite, que se iba a recibir en el Ayuntamiento de Toledo, con un mensaje desde Ohio. Esperamos todos allí una media hora, pero el enlace no se produjo. Decepcionados, llevamos a los invitados a la Catedral... y allí, por el teléfono de la sacristía, se consiguió el enlace! "¡Tenía que ser en la Catedral!", decía casi emocionado don Juan Francisco, expresando su alegría porque el éxito hubiera precisado de la mediación de la Primada... Por entonces estábamos imprimiendo su obra, en dos tomos, con el episcopologio de Toledo, recogiendo los hechos seguros y documentados y, también, (advirtiendo que lo eran), las tradiciones que sobre los prelados más antiguos había recogido de múltiples fuentes. Obra que no pudo terminar por su enfermedad, aunque conservaba plena lucidez pues, en la última vez que, en las Navidades últimas, le di un abrazo -creo que fui sólo el favorecido con este gesto afectuoso- me dijo que estaba estudiando la poesía religiosa en la época de Juan II... tema nada fácil, por cierto.

Un mal día, en la Catedral, observé un rictus extraño en su rostro. Me dijo que había tenido un amago, pero que se le iba pasando. El doctor Relanzón, Director de la Maternidad y que le apreciaba mucho, me indicó después que era un ataque muy grave y que no podía descuidarse ni era de esperar una recuperación. Posiblemente lo sabía él también; pero no quiso darle importancia... Poco a poco le fue costando trabajo hablar y en diciembre de 1979, tras de presidir una sesión de la Academia, presentó su dimisión irrevocable. Poco después lo hacía en el Instituto de Estudios Toledanos, donde bien a mi pesar tuve que sustituirle.

Recuerdo la única vez que casi riñó conmigo. Los Estatutos del IPIET atribuían al Director la facultad exclusiva de autorizar, o no, una nueva obra. El Presidente de la Diputación, y como tal del IPIET, me entregó un catálogo del archivo de Obra y Fábrica, tema hasta entonces no realizado en forma exhaustiva; libro en el que él y otras personas -supongo que sería el entonces cardenal- tenía gran interés y me dijo que qué había que hacer para editarlo. Sin

pensármelo mucho, le dije que enviarlo a la imprenta, y así lo hizo. Cuando lo supo don Juan Francisco, no le agradó y me lo dijo: le informé del tema y que yo la había revisado, y contestó: "Bueno, si es de la Catedral..." Y se acabó el enfado.

Pero don Juan Francisco nos ha dejado. Bien podemos decir en este caso, que se lo ha llevado Dios. Pues pecando de osadía, me aventuro a creer que se lo ha llevado a un lugar digno de sus muchos merecimientos. Que descanse en paz.